

Las estrellas son negras o los rostros afrocolombianos a mediados del siglo XX en Colombia

George Palacios / Clemson University

Resumen

En este ensayo se reflexiona sobre la articulación de las comunidades afrocolombianas en el imaginario de la literatura colombiana a mediados de siglo XX. Siguiendo las vicisitudes que discurren en la vida del protagonista de la novela, su familia y su entorno social, se discute la perniciosa persistencia de los procesos de larga duración de la racialización y sus devastadores efectos en la constitución del Estado-nación colombiano.

Palabras clave: afrocolombianos, novela afrocolombiana, racialización, racismo, marginación

Abstract

This essay reflects on the articulation of Afro-Colombian communities in the Colombian literary imaginary of the mid-twentieth century. By following the events in the life of the protagonist of the novel, his family and his social milieu, this essay discusses the persistence of long-term processes of racialization and its devastating effects on the building of the Colombian Nation-state.

Keywords: Afro-Colombians, Afro-Colombian novel, racialization, racism, marginalization

El presente ensayo es una reflexión sobre la articulación de los sujetos y las comunidades afrocolombianas en el imaginario de la literatura colombiana a mediados de siglo XX a partir de la novela *Las estrellas son negras* (1949) de Arnoldo Palacios (1924-2015). Enfocándose en la perniciosa persistencia de los procesos de larga duración de la racialización y sus devastadores efectos en la constitución del Estado-nación colombiano, los asuntos de la marginación, la pobreza y el racismo, sufridos históricamente por sujetos y comunidades afrocolombianas, serán abordados desde las vicisitudes que discurren en la vida del protagonista de la novela, su familia y su entorno social. El hecho de que hayan pasado más de seis décadas desde la publicación de la novela y dados los cíclicos eventos noticiosos acerca de las deplorables condiciones socioeconómicas que muchos afrocolombianos enfrentan, hacen relevante una lectura crítica de la propuesta literaria de Arnoldo Palacios: auscultar la psiquis de un sujeto afrocolombiano que busca darle un significado digno y constructivo a su existencia y la de los suyos en un contexto histórico y social desventajoso.

1. ¿Noticias de ayer?

Colombia se conmocionó hacia finales de marzo de 2007 con la noticia que dio a conocer el Defensor del Pueblo: cerca de 49 niños murieron de hambre durante el primer trimestre del año en el departamento del Chocó. Para dar explicación a esta situación se señalaron diversas causas: “inadecuadas condiciones alimenticias y la falta de ingresos”, “desnutrición aguda-crónica en muchos niños”, “falta de agua potable”, entre otras (“Hambre”). Esta alarma pública también fue motivo de pronunciamientos por parte de altos dignatarios del Estado tales como el Procurador General de la Nación, Edgardo Maya Villazón, quien propuso *intervenir radicalmente* al departamento del Chocó (“Hambre”). Del mismo modo, el Contralor General de la Nación, Julio César Turbay Quintero, afirmó que había *mala administración* de los recursos en ese departamento (“Hambre”). A estos funcionarios se unieron distintas voces de los sectores público y privado desde Bogotá, Medellín y Cali para proponer *la disolución administrativa* del Chocó y trasladársela a los departamentos de Antioquia, Risaralda y Valle, ya que de acuerdo con los entendidos en los asuntos de gobierno en estos últimos departamentos sabrían administrar eficientemente los recursos con que dicho territorio cuenta (“Hambre”). Al reflexionar sobre estas propuestas, pareciera

que se les olvidara a tales voces, sin embargo, que Antioquia y Valle, como otros lugares *ideales* del país (los Andes), representan lo que es la configuración del Estado-nación colombiano en una escala menor: una comunidad en donde imperan los extremos: en donde viven, por ejemplo, los más ricos en los llamados *sectores exclusivos* de las ciudades y los más pobres dentro de la periferia de las mismas y las llamadas regiones *apartadas* (de los Andes) como las del Afropacífico.

La perspectiva del reconocido narrador, ensayista y periodista chocoano Óscar Collazos aporta a esta discusión. Desde su punto de vista el problema no es solo un asunto de administración pública, también lo es el ejercicio del poder político, el cual hunde sus raíces en un proceso utilitarista y extractivo desde la formación del Estado-nación colombiano y sus funestas repercusiones en sectores particulares de la sociedad:

Mientras las clientelas regionales sirvan para sumar a las mayorías del Congreso o el Ejecutivo, se las deja robar. El escándalo mediático producido por la noticia sobre los niños muertos de hambre del Chocó solo es escándalo por el impacto de la evidencia. No lo es porque morir de hambre sea excepcional en este departamento. *De enfermedades del hambre se han estado muriendo los chocoanos desde hace décadas [...].* (“¿Es viable el Chocó?” énfasis mío)

Carlos Rosero, uno de los miembros fundadores del colectivo Proceso de Comunidades Negras (PCN), el cual agrupa organizaciones comunitarias de las regiones del Pacífico y Caribe colombianos, se refirió al asunto en los siguientes términos:

Según el DANE [Departamento Administrativo nacional de Estadística], los municipios más pobres y atrasados del país tienen rostro, el de negros e indígenas que han vivido en una desigualdad histórica que no se resuelve con medidas coyunturales ni con emisarios especiales. Que se cierre la brecha de muchas décadas que hay en el desarrollo entre el interior y estas comunidades. (“¿Es viable el Chocó?”)

En este mismo sentido, César Rodríguez argumenta que la tragedia de este departamento revela el profundo racismo imperante en la sociedad colombiana. A las muertes de estos niños, enfatiza Rodríguez, se tendrían que sumar la de otros tantos que meses y años atrás no generaron ningún impacto en los medios masivos de comunicación y nadie supo de ellas. Ante las diversas opiniones y propuestas, como las señaladas por los dignatarios estatales, Rodríguez indica que:

Increíblemente, de lo que nadie habla es lo que dicen a grito todas las imágenes que acompañan las noticias sobre Chocó: *que el color de piel de las víctimas del hambre es negro.* Negros los niños desnutridos que posan para las fotos con sus barrigas

de pelota de fútbol. Negros los padres que lloran ante las cámaras. Oscura también la piel cobriza de los indígenas de los videos, varados en medio de la nada y tomando el agua de alcantarilla del Atrato. Que nadie hable de semejante elefante (no blanco, sino negro) dice más que toda la tinta que se le ha gastado al tema. Porque el silencio colectivo es el mejor síntoma de los males sociales más profundos, de aquellos que están tan enquistados que todos ignoramos o negamos. Y el mal en este caso no es otro que el racismo que atraviesa a la sociedad colombiana, desde el Chocó al Chicó. (“¿Es viable...?”)

De modo que la combinación, por lo menos, del ejercicio del poder político cleptómano regional y nacional señalado por Collazos, el racismo estructural aludido por Carlos Rosero —el rostro del hambre es afro e indígena— y el silencio colectivo del Estado-nación resaltado por Rodríguez, hacen de las cuestiones del hambre y la miseria en el Chocó un asunto más complejo que el que los medios y el imaginario social puedan alcanzar a comprender. Todo esto lo que termina generando es dos tipos de racismo distintos que son, en opinión de Rodríguez, por un lado, el “apartheid geográfico” del Chocó que a través de formas “sutiles y no tan sutiles” del espacio segrega a “los afrocolombianos en zonas marginales del país y de las ciudades” (“Del Chocó al Chicó”); la segregación étnica evidente en el racismo de la ciudad de Cali, “con su negrísimo barrio de Aguablanca, tan segregado como los ‘townships’ sudafricanos donde la población negra fue confinada por el Estado en tiempos del apartheid”, e igualmente “Es el racismo [materializado en la segregación] del barrio Nelson Mandela” (“Del Chocó al Chicó) de la ciudad turística de Cartagena. Por otro lado, el racismo cambia de forma en espacios urbanos como en el tradicional barrio bogotano del Chicó, las discotecas cartageneras o los gabinetes de gobierno, “pero es tan profundo como el del apartheid geográfico” (Del Chocó al Chicó). En palabras de Rodríguez:

Es el racismo de los dueños de las discotecas ‘bien’ que les dan órdenes a sus ‘bouncers’ para que ‘no dejen pasar negros’, como siguen haciéndolo en Cartagena, a pesar de las tutelas. *También el que es obvio en la blancura de casi todas las esferas del Estado y del sector privado en las que se toman las decisiones que importan.* Y el que sale a relucir en comentarios a revistas como ésta (‘negro con hambre no trabaja, y lleno, menos’, respondió un lector a un blog que escribí sobre el tema), o en tantas opiniones en programas radiales (‘negro que no la hace a la entrada, la hace a la salida’ fue toda la crítica que atinaron a hacer varios en La W [emisora de radio] a la salida en falso de [en ese entonces, la senadora] Piedad Córdoba en México). (“Del Chocó al Chicó” énfasis mío)

A partir de las perspectivas de Collazos, Rosero y Rodríguez es evidente que el asunto del hambre, la miseria, la discriminación y el racismo en Colombia no son nada coyuntural y perviven hoy día. El lector puede observar que dado el lugar de la enunciación de los articulistas reseñados —sus experiencias de vida como sujetos integrantes de las comunidades afectadas y, a su vez, su genuino interés por explorar con rigor intelectual y su compromiso con la realización de acciones constructivas que cambien el estado de cosas— se asume el problema del hambre y la miseria del Chocó más allá de lo mediático, que periódicamente emerge en el imaginario social, cultural y político del Estado-nación colombiano y se queda en la conmoción e inacción.

2. De la estructura y la narrativa

Para el colombianista Raymond L. Williams *Las estrellas son negras*¹ “is particularly impressive for a writer’s first book” (169). En opinión del crítico y literato colombiano Álvaro Pineda Botero esta novela narra con “alta dosis de sordidez, pero también con destellos sublimes” (93) la pobreza de una familia compuesta por una viuda y sus cinco hijos: Irra (Israel), Jesús, Elena, Clara y Aurora, quienes habitan una casa deteriorada a orillas del río Atrato en la capital de la Intendencia de Chocó². La madre trabaja lavando ropa ajena y los hijos ya han abandonado la escuela, excepto Irra quien logró terminar sus estudios básicos. La novela se divide en cuatro capítulos-libros: “Hambre”, “Ira”, “Nive” y “Luz interior”. Los temas del hambre y la ira ocupan dos terceras partes de su totalidad. El joven protagonista es el foco narrativo que transporta al lector durante un periodo aproximado de un día por las sensaciones físicas producidas por el hambre y los trastornos psíquicos que ésta genera: “[Irra] marcha por las calles de Quibdó detallando la miseria en que viven los negros, que se hace más dramática porque las mejores casas y las mejores oportunidades de trabajo son para los blancos” (Pineda Botero 93). En este sentido, en vista de Williams, el hecho de que la historia sea narrada de manera consistente por un narrador extradiegético-heterodiegético hace de la constitución narrativa de este texto algo nunca antes visto en el desarrollo de la novela, por lo menos, en la región del Gran Cauca colombiano (109).

Marvin A. Lewis ha señalado en su clásico *Treading the Ebony Path* que Palacios avanza su narración desde la “perspectiva de las masas oprimidas” en su intento por exponer “how social forces limit their ability to surmount such obstacles as color and class. There is a constant struggle on the part of blacks and the poor to overcome the historical biases and attitudes that are imposed by the ruling class in an effort to negate the self-worth and dignity of the less fortunate” (16). Desde un análisis comparado del protagonista Irra, de la novela en cuestión, y *Bigger*, de *Native Son* de Richard Wright, Antonio Tillis ha sostenido que estas obras “represent two naturalistic works of what can be considered literature of the African Diaspora” (207). Peter G. Murphy encuentra que aunque *Las estrellas*

son negras revele la presión económica y social sobre el afrocolombiano ésta “asserts a path beyond naturalistic pessimism toward individual authenticity” no obstante “The ominous presence of hunger and the threat of destroying an individual’s aspirations loom always before the protagonist [...]” (37). Por esto es plausible considerar que la propuesta novelística de Arnoldo Palacios no se puede clasificar rígidamente dentro del marco de la novela naturalista, ya que *Las estrellas son negras* no persigue el grado de objetividad característico pretendido por este movimiento artístico-literario. En Palacios, la meta no es crear un discurso narrativo-científico ni tampoco documentar o reproducir una realidad tal que las condiciones sociales, la herencia o el medio ambiente determinan o forjan inexorablemente el carácter de los sujetos allí descritos. Si bien Palacios hace uso de varias de las convenciones del naturalismo y del realismo (el vínculo fisiología-conducta, la sátira y la denuncia social, el feísmo y el tremendismo, etcétera), se concuerda aquí con la idea de que *Las estrellas son negras* es un “texto experimental” en el contexto de la novela colombiana de mitad del siglo XX y que su principal atributo estético radica en el uso de “un ritmo y una intensidad muy cercana a la del flujo de la conciencia, técnica que venía imponiéndose en otras latitudes a partir de Joyce” (Pineda Botero 98-99).

Ahora bien, lo que hace provocadora la obra de Arnoldo Palacios en el contexto social, cultural y literario de mediados de siglo XX en Colombia, siguiendo las ideas de Mariela A. Gutiérrez, no es tanto “ni su posición política ni la ideología que inspiran sus escritos, sino más bien *el punto de vista de su narrativa*: Arnoldo Palacios escribe con la perspectiva del hombre negro y pobre del Chocó que se siente humillado y limitado por las fuerzas sociales que lo rodean, las que sirven sólo a la clase blanca dominante” (15 énfasis agregado). Es más, distanciándonos de la idea de que se trata de una “novela cargada de sentimientos racistas” (Pineda Botero 99), *Las estrellas son negras* se puede leer “como un testimonio de opresión y una esperanza de libertad” y, a la vez, como representante de “una toma de conciencia política en un territorio consuetudinariamente marginado de la historia nacional” (Pineda Botero 99), en un medio donde muy pocos autores se atrevían a que sus protagonistas fueran afros y que impugnaran el *estatu quo*.

3. La perspectiva desde el hambre

El primer capítulo-libro de la novela, titulado “Hambre”, muestra las condiciones físicas y psicosociales en las que se desarrolla la vida de nuestro protagonista en particular y la sociedad chocona en general. La narración propone en su inicio un contraste entre los personajes Irra y un viejo pescador cuando se encuentran en la orilla del río Atrato y abordan una embarcación con el objetivo de conseguir el sustento del día. De este contraste se puede derivar la interpretación de que la precariedad en que se encontraban las generaciones pasadas todavía seguía afectando a las generaciones actuales. Nos dice el narrador sobre el viejo boga:

Sentado en la nariz de la piragua, estaba un viejo arremangándose los pantalones remendados. Él con más de ochenta años de edad, cabeza pequeña, calvicie reluciente en su cráneo negro chocolatoso, orlado de cabello motoso hacia las orejas y la nuca, cara huesuda, sienes y mejillas hundidas [...] su rostro descarnado, relievado de arrugas, traslucía profunda conformidad, cierto desprecio por lo pasajero y fútil, recia responsabilidad ante la vida larga que lo había fustigado desde el momento que le regaló el primer rayo de luz. La cabeza dura, forjada a martillazos sobre una roca milenaria se erguía sobre el cuello rígido saliente del busto esquelético que descubría patente la forma de las costillas, del esternón y de las clavículas. Hacia el estómago, el vientre se hundía cual una bolsa desinflada. (Palacios 29-30)

En cuanto a Irra, encontramos que se enlaza a la descripción anterior: la del cuerpo exhausto y extinguido a través del símil del *estómago desinflado*. Este es el caso cuando nuestro protagonista, según el foco narrativo,

[...] empezó a sentir una desazón en el estómago. Hambre ¿cómo era posible soportar tanto tiempo sin comer? [...] La desazón se iba esparciendo a todo el cuerpo... Sintió náuseas, un vahído... Se incorporó, sosteniéndose del borde de la champa. El estómago se revolvió produciéndose un cosquilleo, ansias de vomitar... Sacó la cabeza hacia el río... Se miró su imagen en el agua... Y el primer empujo de vómito... Su garganta gorgoteaba y sentía que el estómago se le saltaba por la boca... Pero nada arrojaba... Se apretó el vientre y luchaba para vomitar. Hasta que fue saliendo una cosa verde, viscosa, que sabía amarga.... (Palacios 32-33)

Estos dos fragmentos establecen el tono de toda la narrativa que se cifra en mostrar a través de un lenguaje sencillo y directo, sin eufemismos, la crudeza de la realidad en la que viven varias generaciones de pobladores de Quibdó. Estas referencias físicas crudas se dan página tras página a la par de la reflexión que presta la voz narrativa, o mejor, la conciencia de Irra. Conciencia que se alza como ese depósito de humanidad que resiste ante el apabullante cerco de la pobreza y la marginación sufridas que significa vivir en un contexto donde los marcos de la clase y la “raza” restringen el accionar de los sujetos. Escrita en tercera persona, “desde la perspectiva de un narrador no identificado que no participa en la acción pero que penetra en la conciencia del protagonista (heterodiegético– intradiegético)”, de acuerdo con Pineda Botero, esta novela presenta una peculiaridad:

[La] voz está tan íntimamente unida al flujo de conciencia de Irra que prácticamente se confunde con la primera persona y convierte al protagonista en el focalizador único de la obra. Es así como el lector conoce minuto a minuto las sensaciones, los recuerdos, los argumentos fallidos, las emociones

y deseos, las pesadillas y visiones, la humillación y *la búsqueda de una libertad interior*. (96, énfasis agregado)

El hambre y el abandono estatal se convierten en tema de reflexión que inquieta por las privaciones que les ha tocado vivir a nuestro protagonista y su familia. El lector se entera de que Irra ha logrado culminar sus estudios secundarios a pesar de la precariedad circundante. Su suerte, aparentemente, debiese ser mejor que la de muchos, como es el caso de su madre que es una lavandera; sin embargo, no es así. El desempleo y la falta de oportunidades laborales y de acceso a los estudios superiores son la dura realidad que le toca vivir como persona que tiene las capacidades y las credenciales necesarias para ascender en la escala social, pero debido a las estructuras socio-políticas y económicas, él como individuo—así como su comunidad—con dificultad pueden vivir el día a día. Mirado este asunto desde la perspectiva y realidad de hoy en Latinoamérica, en una escala general, comparable a la nacional y regional de Colombia, encontramos que hay evidencia sustantiva de que por lo menos tres factores—1) la posición de la región dentro del sistema económico global; 2) el colonialismo interno que sostiene las categorías raciales; y 3) el precario estado de las estructuras estatales—ayudan a explicar la característica más sobresaliente de estos espacios: la desigualdad. Lo cual hace que las categorías de clase, “raza” y género se amalgamen y produzcan a los “pobres”, los de “piel oscura” y lo “femenino” como aquellos que reciben lo menos de los escasos recursos que hay (Hoffman & Centeno 363-69). Por esto es comprensible que el foco narrativo se pregunte con tono desesperado y reflexivo lo que sigue:

Unos sí tenían para desayunarse, almorzar, merendar. Los sirios y antioqueños eran propietarios de grandes almacenes... Los blancos estaban empleados en el gobierno. Esos vestían bien y fumaban cigarrillos finos. Pero los negros nada. ¡Maldita nada! La mamá se mataba trabajando día y noche. Lavaba ropa, planchaba, cocinaba, hacía vendajes... Sin embargo siempre lo mismo. ¿Dios no se acordaba de ellos? ¿Acaso ellos no rezaban bastante? [...] Irra pensó que tal vez era mejor morir. ¿Qué objeto tenía la vida de ellos, como no fuera sufrir, soportar hambres, carecer de todo? Sí. Morir. Y cuando la idea de la muerte se le iba haciendo más clara, más patética, al pensar verse él agonizando, sin saber el peso de quién sabe qué dolor terrible, Irra sintió miedo de haber invocado la muerte [...]. (Palacios 45)

El texto citado permite hacer una lectura de aquellos problemas característicos de la larga duración de estructuras ideológicas, políticas y sociales que hacen de la movilidad social un asunto casi imposible. Como la sociedad está organizada de una manera jerárquica y afinada en la práctica estricta de valores simbólicos y concretos construidos a lo largo del desarrollo de la historia nacional, ser antioqueño o sirio en el Chocó no implicaba ser extremadamente pobre

como la mayoría de pobladores afrocolombianos. Por ello el foco narrativo se empeña en subrayar que “[...] por más que Irra caminaba durante todo el santo día no lograba conseguir trabajo en ninguna parte. Ya había perdido las esperanzas de que le dieran un empleo de portero porque él era negro y casi todos los puestos se los daban a los blancos, o a los negros que le lamían los zapatos al intendente” (Palacios 51). Lo mismo ocurre en términos de género. La madre de Irra lo único que puede hacer laboralmente son los oficios domésticos. Es más, la ausencia en la narración del nombre de la madre, así como lo revela su habla particular, permite al lector establecer que es una persona que carece de instrucción formal y por lo tanto, dentro de los confines sociales y económicos, está condenada a los trabajos manuales, al abuso generalizado, al abandono y al foso social que es la pobreza. Esta madre simboliza las viudas/cabezas de hogar que, abandonadas a su suerte, luchan por sobrevivir y darles educación a sus hijos. Esto se observa en el siguiente diálogo:

—Ar juin, ¿qué te conteijtó er diretó d’erucación, mijo? [...]

—Nada. Que no hay beca para estudiar fuera de aquí... [pues no hay instituciones de educación superior en la región]

—¿Y vó no ganátei tu año pué?... O é qué...

—Tampoco... Las becas se las repartieron a los blancos... ¡Que se vayan al diablo!... ¡Que se las metan por el jopo y se vayan a la porra!... ¡Prefiero la tisis o la lepra, pero no ser pobre!... ¡Ser pobre es la peor desgracia! ¡Maldita sea!

—Peo nué necesario ojendé a Dio, mijo... [...]

Yo ya toy mú vieja ya, y mú enjelma; lo que gano no loj arcanza ni pa la comira... Colmigo no contéi, no, Irraé... tu mamá ya no resijte... Y tuj helmanitaj mujere necesitan tu apoyo...

— ¡Pero mamá! —se le hizo un nudo en la garganta. (Palacios 52)

En el texto citado se entrevé la desesperación de Irra. Su estado de ánimo se va convirtiendo en ira, pues maldice su suerte a la que halla lógicamente inexplicable. También siente el peso de ser el primogénito, en el cual toda familia pobre deposita las esperanzas para que se granjee una educación, un trabajo digno y así ayude a los demás miembros de su familia, en especial a las hermanas y la mamá. Ante este panorama tan sombrío para el futuro de nuestro protagonista la ira emerge como posible salida. Aunque en momentos su frustración se dirige, contradictoriamente, hacia los miembros de su familia, sin embargo, son el gobierno y sus representantes, como el intendente, y los de clase acomodada, como don José, el tendero que abusa sexualmente de él, quienes en sus posiciones de poder establecen los límites que nuestro protagonista intenta rebasar. De manera que lo hasta aquí esbozado permite afirmar que en Arnoldo Palacios, siguiendo a Collazos,

La conciencia del escritor en ciernes está dominada por un sentimiento de injusticia y rebeldía razonada, por la indignación que nace de las desigualdades sociales conocidas por él desde la infancia, y por la postración material de los afrodescendientes de su región, pobladores, desde siempre, de vastas regiones explotadas por colonos blancos y compañías extranjeras. (“Un clásico afroamericano” 16)

4. La psiquis se transforma

Aquí Arnoldo Palacios presenta a lo largo del capítulo-libro titulado “Irra” toda una descripción detallada de la psiquis de una persona hambrienta, dando a conocer al lector la situación crítica a la que se enfrenta un sujeto que piensa, siente y ama pero se ve limitado por un contexto social y material que lo margina. Es tal la situación de hambre y miseria en la que se encuentra Irra que idea como solución asesinar al representante del gobierno: “[...] al divisar transversalmente el frontis color ocre del palacio intencional, lo asaltó el pensamiento de que sí podía y DEBÍA matar al intendente... ‘Puedo matarlo... El gobierno es el culpable del hambre’” (87). Esta maquinación, producto de la ira causada por el hambre, lleva a nuestro protagonista a concluir que:

Él, Irra, por fin iba a realizar algo en servicio del pueblo. El mal gobierno era el culpable de la miseria. Todos los gobernantes que él había conocido, pésimos. Al principio llenaban qué cantidad de papeles con promesas de trabajo, de abaratamiento de víveres, de yo sé que. ¿Cómo era eso de que ni siquiera hubiera una solita obra pública en construcción? Bello que los pobres se apoderaran del mandato... Una vez Irra oyó hablar de que en cierta ocasión el pueblo había derrocado al gobierno por inepto. Y esta tarde, él, Irra, colocaría un grano de arena. Luego toda la nación entendería su deber. (Palacios 89)

El asunto se queda en el plano de la reflexión. Irra no llega a cometer tal acto porque todo en su interior y a su alrededor se hace más intenso, más pesado. En un estado de euforia, de trance, sabiendo que su situación es límite, nuestro protagonista exclama: “¡Oh, dios! ¿En cuál estrella pusiste mi llave? Algunos nacemos para sufrir sin tregua... Otros nacen para la alegría. Son estrellas diferentes. Las de ellos titilan eternamente, y tienen el precio del diamante. Y la mía, Señor, es una estrella negra... ¡Negra como mi cara, Señor!” (Palacios 91). Se observa en esta cita que Irra no encuentra explicación lógica a su sufrimiento, que pareciera ser un asunto del destino que todos sus planes se vean frustrados. Cabe explicar por el texto resaltado que aunque aparentemente la obra de Arnoldo Palacios parezca “inscribirse en un realismo tradicional, de corte costumbrista”, argumenta Collazos, “Pese a ser escrita en una década en la que el llamado ‘realismo social’ rendía un triste tributo al mal llamado ‘realismo socialista’, de marcados tintes militantes e ideológicos”, nuestro autor

“va más allá de ésta tendencia” puesto que “Es muy posible que si la experiencia individual y social de Palacios no hubiera dejado huellas tan profundas, la sensibilidad social del escritor se hubiera orientado hacia el lugar común de entonces: dar cuenta de la violencia política que se vivía en los campos de Colombia (“Un clásico afroamericano” 19).

Por ello, Arnoldo Palacios forja el personaje del joven Irra desde su psicología, que empieza por sus reacciones fisiológicas hasta llegar a la transformación de las mismas en el ámbito de la personalidad. El hambre, tomada aquí en su sentido simbólico en la narración, significa lo que Tillis ha propuesto:

[...] the lack of social nutrition in a society where its downtrodden members literally crave to ingest the “fruits” provided by a social system which equally distributes rations of social equality, equal access, and opportunities—all of which are denied the black residents of Chocó. So pervasive is this hunger that it permeates Irra’s internal and external environments. (215-16)

Dicho esto en otras palabras:

En esta especie de somatización gradual del hambre y la humillación, Irra deja de ser el personaje de la crónica exterior para convertirse en arquetipo de la tragedia. Lo que nos conmueve en las veinticuatro horas de su joven vida no es tanto la pobreza sino los estragos mentales que provoca, desde la postración anímica hasta la confusión de la ira. El espacio irrisorio donde sobrevive, narrado en detalle por Palacios, traza una frontera simbólica entre la ciudad próspera y la ciudad miserable. Cuando el amor parece redimirlo de tanta miseria y se consume el encuentro amoroso con la joven Nive, sobreviene otra tragedia. (Collazos “Un clásico afroamericano” 20)

A pesar de lo asfixiante de este día en la vida de nuestro protagonista, encontramos que tiene sueños y deseos de ser alguien, ya que su psiquis también lo reactiva como sujeto ante las desilusiones constantes. Irra desea continuar sus estudios y cuenta con el apoyo, por lo menos moral, de la familia porque conoce el valor no solo simbólico sino concreto que ello tiene. Por ello nuestro protagonista se imagina que si donde vive hubiera industrias o negocios, como en las ciudades que el periódico traído por avión anuncia, podría llegar a ser mecánico o doctor. Esto piensa cuando lee un anuncio clasificado: “Me gustaría ser médico... Ganar mucho dinero...” (Palacios 71). Así mismo, ese mundo exterior del cual hablan los que han viajado y el que representan los periódicos también llama su atención, pues puede ser que en la migración esté la solución a sus problemas: “¡El buque!... Estupendo embarcarse, y viajar día y noche con el rugido del motor, cantando las canciones de los bogas, al ritmo alegre, resonante de las maracas y del bongó... ¡Cartagena!... ¡Trabajo!... ¡Mujeres!... Tener

plata... El mar azul... [...]” (Palacios 98). Así que el hambre puede verse de manera paródica: “[...] as being mimetic of the characteristics that are associated with the desire for something that has been denied or unattained socially” (Tillis 216). En las líneas resaltadas observamos las aspiraciones que cualquier adolescente puede tener. Nuestro protagonista, aun encontrándose en gran dificultad, no pierde la capacidad de imaginarse, inventarse y buscar salidas a sus problemas. Aunque en la acción Irra pareciera pusilánime, a través de la oportunidad que el lector tiene de asomarse a su psiquis, el foco narrativo invita a pensar que ante la apabullante pobreza física hay una dimensión del sujeto que difícilmente se aniquila: la capacidad inherentemente psicológica de reinventarse incluso en las situaciones más abyectas, como lo sugiere el título del libro-capítulo final: “Luz interior”.

5. El mestizaje: un “símbolo polarizador”

El capítulo-libro titulado “Nive”—nombre de la adolescente (tiene catorce años) que a Irra le gusta—antecede el capítulo final. Marvin A. Lewis caracteriza este aparte del texto como el menos congruente de todos. En particular por la idea de que una vez las pasiones sexuales de nuestro protagonista se satisfacen, la historia termina en tragedia por la inesperada muerte de este personaje femenino (23). Evidentemente este es un acontecimiento problemático por los asuntos de desigualdad de género que muestra. Nive, la madre y hermanas de Irra, y otras figuras femeninas que aparecen de soslayo en el discurrir de la narración son aún más marginales. La explotación laboral y sexual las minimiza y aniquila. Las ideas dominantes en torno del asunto de la “raza” las limita. En este respecto, en una “pigmentocracia” como la sociedad colombiana el asunto del mestizaje, siguiendo a Lewis, agrega una capa más a la experiencia del hambre y la marginación:

Israel is aware not only of the rift between blacks and whites but also of the lesser tension between *mulatos* and *negros*. This is very much on his mind when he intends to have sexual relations with Nive. She reminds him that her mother ‘ha dicho que para verme casada con un negro preferiría verme tendida en una mesa con cuatro velas encendidas.’ (23)

Este asunto es crucial en la medida que resalta el choque por el que tienen que pasar los sujetos racializados³ cuando se trata de relaciones de pareja que puedan dar como fruto hijos de ascendencia africana. Concordando así con lo que Norman E. Whitten ha propuesto respecto del mestizaje como “doctrina” o “ideología” o “*hybris*” que se constituye en un “símbolo polarizador” debido a las diversas y encontradas perspectivas que en el seno de la sociedad se han desarrollado al respecto. Esto es:

From the standpoint or perspective of elites and those who are upwardly mobile with aspirations to adopt elite values, mestizos are those in the

middle to lower rungs of a social ladder who have shed indigenous or African-descended cultural orientations, values, dress, speech, or physical features. For those in the middle, however, who choose to move upward, blanqueamiento is their aspiration and mestizaje is their stigma. To those self-identifying as indigenous or black, mestizos are those who have shed their cultural orientation for a position to which they aspire, but which they cannot attain [...] (363)

Esta es la polarización a la que se ven enfrentados Irra (negro) y Nive (mulata). La mentalidad heredada de la sociedad de castas aún sigue su curso ya que tener descendencia con alguien de piel más clara es lo más deseable a los ojos de la madre de Nive, pues así se evita seguir condenado a habitar lo más bajo de la escala social.

6. El “despertar psicosocial”

El capítulo-libro final, “Luz interior”, muestra desde la psiquis de Irra que es un sujeto capaz de reinventarse aun en los momentos más difíciles de su vida. Ante la vorágine de sensaciones físicas y apabullantes percepciones psicológicas por las que ha pasado, emerge la pregunta sobre cuál dirección debe tomar para salir de tan difícil escenario. Nuestro protagonista intenta llevar a cabo lo que generaciones tras generaciones de quibdoseños han hecho: emigrar. Nos dice el foco narrativo:

Irra tomó la resolución definitiva de marcharse. Viajar. Sí. Viajar. Irse lejos. Allá, más allá. Mucho más allá. Si posible recorrer el mundo y estrellarse con el horizonte. No detenerse mientras le faltara el pan. Pan para su madre. Pan para sus hermanas. Pan para Jesús [su hermano]. Pan para él... pan para todas las gentes... PAN...

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Parecía ser la plegaria íntima de su corazón. (Palacios 144)

Pero como la mayoría de los planes concebidos por él para combatir el hambre, la falta de empleo y oportunidades de estudio, éste también se frustra por razones ajenas a su voluntad. Queda entonces otro camino: quedarse, no huir, no evadir esa realidad que por muy difícil que parezca hay que vencerla. De este darse cuenta, de esta concienciación, nace la *luz interior*. El día y medio que ha pasado en la vida del protagonista emerge como un episodio que ha mostrado solamente lo más flaco de su ser por el agotamiento físico y sus repercusiones en su obrar y pensar. Como se ha visto, el interior del personaje supera dicha condición y proyecta que el sufrimiento y la frustración solo tiene asidero temporal en su ser.

El nuevo día le ha dotado de un entendimiento: “Irra sintió su alma invadida de confianza. Y si alguien hubiera

observado de cerca su rostro se hubiera contagiado de una humilde alegría purísima [...] Se dirigió al borde de la playa. Se arremangó los pantalones y la camisa. Se introdujo al río, en el agua, hasta las rodillas” (Palacios 164). De manera mística y enigmática, consume una ablución: “Inclinado se lavó la cabeza y la cara [...] bebió el agua en el cuenco de la mano. Se enjuagó la boca y arrojó el buche del agua [...] se lavó las piernas y los brazos. Y ensanchando el pecho respiró libre. ¡Libre! (Palacios 164). Esta ablución “es un ritual liberador de su alma, de su psique, de su cuerpo. Irra ha crecido, y con madurez, nueva para él, quizá logre alcanzar lo que hasta ahora no ha podido” (Gutiérrez 32). En vista de Murphy, dicha ablución se puede comprender como un proceso de autoafirmación que “is symbolic of the potential of his village”, en tanto el protagonista de la narración responde “to a spiritual call to self-affirmation against great odds” y es capaz de descubrir “a direction which others can follow: he represents a Christ figure in this respect” (46). En suma, este final sugiere que lo que Arnoldo Palacios ha propendido a través de la narración: “the need to strive toward self-fulfillment as a part of the way toward collective improvement” (46). Al Irra empezar este nuevo día “with a Christian ritual of cleansing by washing the hands and feet”, la novela se constituye en “a spiritual message of optimism” que señala “the path beyond naturalistic pessimism” (46). En síntesis, tomando las ideas de Lemuel A Johnson, se debe recalcar que esta ablución da un sentido “lírico”, “apasionado” y “transfigurativo”, a través de un “acto de fe”, a la “afirmación” de la “presencia” de aquellos que viven a diario la amenaza a su “identidad” y “sobrevivencia” (190).

Contrario a lo acabado de exponer, Jaime Arocha y Lina del Mar Moreno plantean que las obras *El litoral Recóndito* (1976) de Sofonías Yacup y *Las estrellas son negras* de Arnoldo Palacios, representan y siguen las continuidades de los paradigmas “andinocentrista” y “trópico-selvajismo”. Es decir, estas obras participan de la red de preconceptos forjados a través del tiempo en el cual los *Andes temperados* son el centro de la civilización y las *zonas tórridas* el hábitat de la barbarie, lo étnico y culturalmente inferior. Asimismo, proponen que “la aspiración a blanquearse” que muestran las narraciones se manifiesta como “afropesimismo”, es decir, los afrocolombianos “carecen de los medios para superar el abandono por parte del Estado y la marginación respecto a la modernidad” (588). Estos autores estiman que *Las estrellas son negras* no participa del “afrooptimismo” que se fundamenta en el “etnodesarrollo”, o sea la exploración del futuro “en reflexiones sobre la historia y las potencialidades propias”, de la que hace parte la inspiración inicial de la reforma constitucional de 1991 (588).

Las razones de estos autores para proponer esta lectura se fundamentan, entre otros asuntos, en los hechos de que Palacios describe en diversas escenas a Quibdó de manera tan deplorable, que aparece “casi como un depósito de desechos”. Cuestión que desde sus puntos de vista, deja entrever que Palacios no aprecia la arquitectura adaptativa de las comunidades afrocolombianas (606). Del mismo

modo, apuntan estos autores que a lo largo del texto no se observan sino problemas como la tuberculosis, el hambre, las personas son harapientas e infinitamente ignorantes y conviven con todo tipo de insectos y plagas, y que todo lo contrario opera cuando se caracteriza al blanco (607-08). Además, subrayan:

Nuestros lectores quizás argumenten que el novelista se proponía ofrecer un retrato fiel de la realidad del desamparo y la marginalidad. Sin embargo, el que cincuenta años después de haber publicado la novela, [...] [este autor] no manifestara una posición crítica frente a las disyuntivas que enfrentaba Irra[,] nos deja la preocupación acerca de la capacidad del modelo que discutimos de colonizar la mente de quienes más bien deberían ser los objetores de las asimetrías que tal modelo ratifica. En este caso descolonizar quizás equivaldría a asumir el afrooptimismo. (609, énfasis agregado)

Arocha y Tovar Moreno reconocen lo dicotómico de su propuesta y que difícilmente esta dinámica puede explicar las complejidades del problema. Justifican esa postura para explicar los mecanismos de larga duración como el pensamiento colonizado y la economía extractiva, y enrumbar el pensamiento hacia otras alternativas de concepción del Afropacífico (610-11).

7. A manera de balance

La invitación a reflexionar sobre *Las estrellas son negras* y Arnoldo Palacios hecha por Arocha y Tovar Moreno, en lo que se refiere a la necesidad de ser “objetores de las asimetrías” del modelo basado en concepciones de los Andes, como centro y deseable, y del trópico, como lo salvaje y no deseable del Estado-nación colombiano, es imprescindible. Asimismo, la idea de que es necesario propiciar espacios en todos los ámbitos sociales, económicos, políticos y culturales que constituyan un “afrooptimismo” fundamentado en las historias afirmativas, del pasado, presente y futuro de Afrocolombia y que permitan el “etnodesarrollo” que desde siempre, sujetos y comunidades, imaginan, sueñan y desean, es más que deseable. Sin embargo, el análisis que hacen estos autores deja de lado “el descubrimiento de un mundo de miserias inéditas en la novela de la época, la aparición del mundo afrocolombiano visto por un escritor afrocolombiano que ofrecía este expediente autobiográfico a través de un personaje magníficamente estructurado⁴[...]” (Collazos “Un clásico afroamericano” 23)

Por ello conviene aquí señalar otra, de tantas, posibles interpretaciones. Como ya se ha dicho antes, *Las estrellas son negras* es la primera obra literaria de Arnoldo Palacios. Analizando y enlazando esta obra con su producción literaria posterior, encontramos que los asuntos del ejercicio del poder político excluyente, las enfermedades del hambre, el racismo estructural y el silencio colectivo frente a éste, entre otros, son los filones que alimentan su pensamiento y

creación literaria. Un análisis de *La selva y la lluvia* (1958) y su (auto)biografía *Buscando mi madre diós* (1989), el cual desborda el alcance de este ensayo, respondería de manera más completa las inquietudes de Arocha y Tovar Moreno. Es pertinente, señalar aquí, que desde los escritos periodísticos tempranos de Arnoldo Palacios se observa un sujeto consciente de pensar y valorar “alternativas de concepción del Afropacífico”. Por ejemplo, el semanario capitalino *Sábado*⁵ sirvió de plataforma a diversos jóvenes afrocolombianos para que dieran a conocer sus perspectivas sobre el acontecer social, económico, cultural y político, regional y nacional. Manuel Zapata Olivella y Arnoldo Palacios fueron interlocutores e impulsores ávidos de la cultura afrocolombiana en el contexto “nacional” que habilitaba dicho periódico. Un análisis de dichos escritos periodísticos, editados en la compilación de Álvaro Castillo Granada, titulado *Cuando yo empezaba. Arnoldo Palacios* (2009) también sirve al propósito señalado por los críticos⁶. Basta señalar que desde los 20 años de edad, Arnoldo Palacios reflexionaba en *Sábado* sobre hombres claves en la vida política del Chocó: Adán Arriaga Andrade (21 de octubre de 1944) y Diego Luis Córdoba (28 de julio de 1945); analizaba el asunto de la crítica literaria y cultural en Colombia “Restrepo Millán y la Crítica (17 de mayo de 1947); hablaba de las posibilidades del Chocó “Chocó, país exótico” (16 de agosto de 1947) y “Heraldos de un Nuevo día” (8 de noviembre de 1947), entre otros temas (9-48).

Retomando la inquietud sobre *Las estrellas son negras*, como ya se ha demostrado en el desarrollo de esta reflexión, al pensar el personaje de Irra, Arnoldo Palacios “no solo evitaba los excesos verbales de la mirada patética o piadosa, sino que ponía al personaje a hablar desde el interior de su tragedia”, planteando así una narración “laconica como una cámara” y, al hacer uso del laconismo que es “un sello de la época”, que se puede encontrar en García Márquez (*El coronel no tiene quien le escriba*) y Álvaro Cepeda Samudio (*La casa grande*), no solo coincide con estos autores sino que “opera” con los cambios que se estaban dando en la “retórica” de la novela colombiana: “la parquedad del lenguaje, la expresión poética de la miseria, el cuidado extremo [...] en evitar el panfleto” (Collazos “Un Clásico Afroamericano” 20-21). Antes de la novela de Palacios el hambre ha aparecido como tropo literario en otras latitudes. Por ejemplo, el laureado Nobel noruego Knut Hamsun escribe *Sult* (1890) [*Hambre*], Curzio Malaparte también narra “el infierno de las miserias” en sus escritos, así como Jorge Icaza en *Huasipungo* (1934) y Ciro Alegría en *El mundo es ancho y ajeno* (1941), entre otros. Sin embargo, como lo afirma Collazos, “No se conocía la experiencia individual e interiorizada del hambre, convertida en delirio de la conciencia. El hambre está en el centro de la pobreza, y [está], en el corazón de un mundo de condenados a sufrirla sin que nada se esté haciendo para impedirlo” (“Un clásico afroamericano” 22).

Por esto se avanza aquí la idea de que lo que ha sucedido en el día y medio más difícil de la vida del joven protagonista

de la novela, se constituye en el punto de quiebre de su vida, aquí no termina la historia, por el contrario, apenas empieza en tanto ocurre lo que al decir de Du Bois es un proceso de la “doble conciencia”. Esto es, debido al impacto que el prejuicio ha tenido, como se ha visto, repercute en la subjetividad de nuestro protagonista y toda su comunidad, resultando en la “extraña experiencia” que da el enfrentarse a la “sombra” y el “correr el velo” de la discriminación que se manifiesta vestida de hambre, de miseria y de falta de oportunidades educativas y de trabajo. Dicho esto de otro modo, lo que ha pasado en la psiquis de nuestro protagonista,

It is a peculiar sensation, [...] [the] sense of always looking at one's self through the eyes of others, of measuring one's soul through the tape of a world that looks on in amused contempt and pity. One ever feels its two-ness,—an American, a Negro; [a Colombian, an Afro-Colombian] two souls; two thoughts; two unreconciled strivings; two warring ideals in *one dark body, whose dogged strength alone keeps it from being torn asunder. The history of the American Negro [of the Afro-Colombian] is the history of this strife—this longing to attain self-conscious manhood, to merge his double self into a better and truer self. In this merging he wishes neither of the older selves to be lost.* (Du Bois 3-4, énfasis agregado)

Debido a que la doble conciencia es “privación”—la inhabilidad de verse a uno mismo “excepto a través de los ojos de los otros”—y, a la vez, un “don”—el atributo de una “segunda mirada” que nos dota con la capacidad de ver doble

y más profundamente las complejidades del mundo—, lo que esta proposición sugiere, de acuerdo con Thomas C. Holt, es que “Alienation—raised to a conscious level, cultivated and directed—has revolutionary potential”. Esto es, “The insight of the oppressed is neither innate nor inherent; it must be worked for, struggled for. Once achieved, it becomes a tool for probing the deeper meanings and contradictions of experience and for creating change. For blacks, then racial alienation can be a counter part of class alienation, and it can serve the same revolutionary purposes” (306).

La decisión que toma Palacios de explorar el hambre, la miseria y la racialización en Colombia, desde la perspectiva psicológica del personaje, lo va alejando de los vocabularios naturalistas y realistas habituales en las prácticas estético-literarias dominantes de su medio y su época. El autor usa la perspectiva existencial de un joven con aspiraciones y deseos de cambiar la complicada situación en la que se encuentra, para señalar cómo el ejercicio excluyente del poder es el creador de las enfermedades del hambre, la miseria y la desigualdad.

En 1949, a poco menos de un siglo que los descendientes de los africanos esclavizados fueran considerados sujetos libres en la República de Colombia, el protagonista de *Las estrellas son negras* busca agónica y racionalmente cómo romper las cadenas económicas, políticas, sociales y mentales que le plantean el racismo estructural y el apartheid geográfico y posicional en el que se encuentra. Es a través de una doble conciencia, “desalienándose”, que logra restablecer su dignidad de sujeto afrocolombiano al afirmar su subjetividad y libertad.

Notas

- 1 Otros escritos de Arnoldo Palacios incluyen: *La selva y la lluvia* (1958) y la biografía *Les mamelles du Chocó* (1989), que en su versión castellana se titula *Buscando mi madredediós* (2009). También figuran los cuentos *Navidad de un niño negro, el duende y la guitarra* (inédito), *Chocó: amargo panorama* (inédito), *Cuentos de platino y oro* (inédito) y *Recopilación de literatura oral del Chocó* (inédito).
- 2 El Chocó se convertiría en Departamento a partir de noviembre de 1947.
- 3 Este concepto señala el desarrollo histórico de la categoría racial “negro” que se originó en la esclavitud y derivó en el problemático hecho de que diversos grupos de africanos (yolofos, mandingas, balantas, congos, angolas, entre muchos otros) fueran subsumidos en “negros” y, por tanto, construidos como “otros”. Albán Achinte discute puntualmente este problema en el contexto amplio de Latinoamérica y el específico de Colombia (199-206).
- 4 Habría que señalar que Manuel Zapata Olivella con su primera novela *Tierra mojada* (1947) tocaba el mismo problema en otro contexto regional colombiano.
- 5 Este semanario liberal, publicado desde 1943 hasta 1957, tenía por lema: “Un semanario para todos al servicio de la cultura y la democracia en América Latina”. De acuerdo con Carlos Torres Duque, en su artículo “Sábado: crónica de un semanario democrático”, este periódico hacía parte un “liberalismo cultural” de carácter “abierto” y “no sectario”, tanto en lo político, literario y cultural. También resalta que en este semanario les “dan cita” a diferentes generaciones literarias y sociales. Esto constituyó a este semanario como una “publicación cultural abierta” y “fundamentada en el diálogo nacional”. Véase *Boletín Cultural y Bibliográfico* 27.38 (1992). Web. 10 de septiembre 2009.
- 6 *Bibliográfico* 27.38 (1992). Web. 10 de septiembre 2009.

Obras citadas

- Albán Achinte, Adolfo. "Racialización, violencia epistémica, colonialidad lingüística y re-existencia en el proyecto moderno-colonial." *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras*. Eds. Mosquera Rosero-Labbé, Agustín Laó-Montes & César Rodríguez Garavito. Bogotá: Programa Editorial y Universidad Nacional de Colombia, 2010. 197-221. Impreso.
- Arocha, Jaime & Lina del Mar Moreno. "Andinocentrismo, salvajismo y afroreparaciones" *Afro-Reparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Eds. Mosquera Rosero-Labbé, Claudia, Luiz Claudio Barcelos & Oscar Almario G. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007. 587-603. Impreso.
- Castillo Granada, Álvaro. *Cuando yo empezaba*. Arnoldo Palacios. Bogotá: Ediciones San Librario, 2009. Impreso.
- Collazos, Óscar. "¿Es viable el Chocó?" *El Tiempo* (2007). <http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/oscarcollazos/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR-3511160.html>.
- . "Un clásico afroamericano" *Las estrellas son negras*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. Impreso.
- Du Bois, W. E. B. *The Souls of Black Folk : Essays and Sketches*. Chicago: A.C. McClurg & Co., 1903. Impreso.
- Gutiérrez, Mariela A. "Arnoldo Palacios y el despertar psicosocial del negro chochoano" *Literatura y cultura : narrativa colombiana del siglo XX*. Eds. Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio de Negret & Ángela Inés Robledo. Vol. III Hibridez, Alteridades. Bogotá: Ministerio de cultura, 2000. 9-34. Impreso.
- "Hambre". Cali, 2007. *El País*. Online (04-18-2008). <<http://www.elpais.com.co/historico/mar282007/NAL/hambre.html>>.
- Hoffman, Kelly & Miguel Ángel Centeno. "The Lopsided Continent: Inequality in Latin America" *Annual Review of Sociology* 29 (2003): 363-90. Impreso.
- Holt, Thomas C. "The Political Uses of Alienation: W.E.B. Du Bois on Politics, Race, and Culture, 1903-1940" *American Quarterly* 42.2 (1990): 301-23. Impreso.
- Johnson, Lemuel A. "The Dilemma of Presence in Black Diaspora Literature: A Comparativist Reading of Arnoldo Palacio's *Las estrellas son negras*." *Afro-Hispanic Review* 21.1/2 (2002): 190-99. Impreso.
- Lewis, Marvin A. "Colombian Hunger." *Treading the Ebony Path: Ideology and Violence in Contemporary Afro-Colombian Prose Fiction*. Lewis, Marvin A. Columbia: University of Missouri Press, 1987. 15-38. Impreso.
- Murphy, P. G. "Arnoldo Palacios *Las estrellas son negras*: Afro-Colombian Optimism in Naturalistic and Religious Contexts" *Publications of the Arkansas Philological Association* 26 (2000): 37-48. Impreso.
- Palacios, Arnoldo. *Las estrellas son negras*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. Impreso.
- Pineda Botero, Álvaro. *Juicios de residencia: la novela colombiana, 1934-1985*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial, Universidad EAFIT, 2001. Impreso.
- Rodríguez, César. "Del Chocó al Chicó" *Semana* (2007). 4-18-2008 <<http://www.semana.com/on-line/del-choco-chico/102131-3.aspx>>
- "¿Se debe acabar el Chocó?" *Semana* (2007). 04-18-2008 <<http://www.semana.com/nacion/debe-acabar-choco/101935-3.aspx>>.
- Tillis, Antonio D. "Native Son's Bigger and *Las estrellas son negras*' Irra: Two Post-Colonial Subjects of Literature of the African Diaspora," *CLA journal*. 46.2 (2002): 207. Impreso.
- Torres Duque, Carlos. "Sábado: crónica de un semanario democrático." *Boletín Cultural y Bibliográfico* 27.38 (1992): n. pág. Web. 10 septiembre 2009.
- Whitten, Norman E. "The Longue Durée of Racial Fixity and the Transformative Conjunctures of Racial Blending." *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 12.2 (2007): 356-83. Impreso.
- Williams, Raymond L. *The Colombian Novel, 1844-1987*. Austin: University of Texas Press, 1991. Impreso.